

**A PIE
DE CALLE**CATALINA
Gayà

JOAN CORTADELLAS



► El cartel que anuncia que la tienda de música Etnomusic cerró en junio, ayer.

La cultura cierra las puertas

El videoclub estaba cerrado, normal, era domingo, y demasiado temprano, pero en el cartel se leía claro un «Cerramos» y, al lado, había un número de teléfono. El número no era el de la dueña del videoclub. En la acera, había dos clientes que no salían de su asombro. Había uno que proponía armar una campaña y otro llamaba a un amigo para ver si sabía algo. No respondía. Era domingo.

Ellunes nadie respondía al teléfono en el videoclub La Papaya Verde, en el barrio Gòtic. Quizá todo se hubiera precipitado. Así ha sucedido ya con varias tiendas. La cultura, por desgracia, no es de compra diaria, así que, a veces, últimamente cuando se regresa a la tienda de discos, al cine o a la librería o está cerrando o ya cerró.

Etnomusic es una de esas tiendas que ya cerró. Estaba en la calle de Bonsuccés, cuando pasabas por delante se escuchaba buena salsa, tango viejo, un fandango o un son veracruzano. Muchos barceloneses supieron ahí que «el amor es un periódico de ayer», como canta **Héctor Lavoe**. Llevaba 17 años en Barcelona. Abrió cuando esta ciudad era un crisol para las propuestas culturales y los alquileres eran asequibles a bol-

sillos intelectuales. El 21 de junio, los amigos de Etnomusic tomaron la última copa en la calle. Era de noche. El dueño pintó en una cartulina lo siguiente: «Adiós Etnomusic», y lo puso el mostrador de hierro forjado, el mismo en el que se lee que el local antes fue tienda de productos de limpieza.

Los hábitos cambian, es cierto. Pero en esta segunda década del siglo XXI, la cultura que se vende y está a pie calle está en peligro de extinción.

Cuando la clientela del videoclub vio el cartel, se asustó. Otro local cultural, en peligro

ción y eso cambia la vida y la identidad de la ciudad. Vi esa fiesta de despedida, pero no me detuve. En otro cartel se leía que hasta el 24 de junio seguirían abiertos. Nunca encontré la tienda abierta. Hubiera sido como asistir a un velorio, pero me hubiese gustado preguntar al dueño sus planes.

El lunes, cuando nadie contestaba en el videoclub La Papaya Verde de pensé que pasaría lo mismo, que

de nuevo algo ya fue con una rapidez que solo se explica porque los tiempos son presurados. El miércoles por la tarde, **Dina Obeso**, la dueña, respondió al teléfono. Se rió. «El videoclub no cierra, resiste».

La dueña del local quiere venderlo, pero el videoclub no se va de ahí, de esa esquina de la calle de Julià Portet. Explicaba **Dina Obeso** que muchísima gente que había leído el cartel la había llamado preocupada. **Dina**, aseguraba, que tras 14 años haciendo cultura, ella seguiría hasta que pueda. Yo recordaba la película *Be Kind Rewind*, de **Michel Gondry**.

Explicaba **Dina** que sus clientes son ahora los padres y los jóvenes que antes era los chiquillos que entraban con esos padres. Decía que hay que cambiar de mentalidad, que la descarga gratis no es cultura y que de seguir así no quedarán ni cines ni librerías ni videoclubs ni nada más que tiendas de yogur o bebidas con burbujitas. El centro de esta ciudad se ha llenado de estas tiendas que, luego, también encuentras igualitas en Londres. **Jaron Lanier**, uno de los padres de la realidad virtual, se preguntaba hace dos años en el libro *Contra el rebaño digital* qué habían hecho mal esos que, como él, soñaron con un mundo virtual y cultural. No tenía respuesta, tenía claro que el uso que se da a internet está matando a escritores, músicos, periodistas, cineastas. También está cambiando la ciudad. En Barcelona ya han cerrado cines –el Urgell es el último– librerías, tiendas de discos... ■



cgaya@elperiodico.com